

SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO (C - 2024)

Para leer las lecturas, mira: [aquí](#).

Homilía de Padre Sirba:

El profeta Isaías escribió muchas cosas sobre la venida del Señor. Por ejemplo, habló de las circunstancias del nacimiento de Cristo. Describió cómo el Mesías establecería un reino de paz y cómo terminaría el sufrimiento. Habló de cómo cesarán los conflictos. Incluso el león se acostaría con el cordero.

El profeta Isaías también habló sobre cómo los israelitas debían prepararse para la venida del Señor. De hecho, nuestro Santo Evangelio de hoy contiene una larga cita de Isaías sobre ese mismo punto. Déjame leerlo de nuevo. Dice,

"Ha resonado una voz en el desierto: Preparen el camino del Señor, hagan rectos sus senderos. Todo valle será rellenado, toda montaña y colina, rebajada; lo tortuoso se hará derecho, los caminos ásperos serán allanados y todos los hombres verán la salvación de Dios."

Entonces, ¿de quién estaba hablando Isaías? ¿Quién era esa voz que lloraba en el desierto? No era otro ... era San Juan Bautista. Nuestro santo evangelio nos dice que, "[Juan] comenzó a recorrer toda la comarca del Jordán, predicando un bautismo de penitencia para el perdón de los pecados..."

San Juan fue el último y mayor de todos los profetas; había recibido una misión exaltada y gloriosa. Su misión se refería a la salvación de las almas, a nuestra salvación. Fue él quien anunció que la venida de nuestro Señor estaba cerca.

Siendo su misión espiritual, era indispensable que San Juan se preparara a sí mismo espiritualmente. Para prepararse para esta gran responsabilidad, se fue al desierto donde ayunó y oró.

Finalmente, cuando llegó el momento, Dios le dijo a San Juan que fuera al pueblo para recordarles las palabras que Isaías había dicho hacía mucho tiempo: "***Preparen el camino del Señor, hagan rectos sus senderos***". San Juan obedeció al Señor y recorrió toda la región del Jordán proclamando un "**un bautismo de penitencia para el perdón de los pecados**".

Es interesante que en la antigüedad, cuando alguien importante llegaba al pueblo, por ejemplo, cuando venía un rey o un gobernador, la gente se esforzaba mucho en prepararse. Reparaban baches en las carreteras. Incluso eliminaban las curvas y se nivelaban las partes más empinadas.

Entonces, cuando San Juan dijo al pueblo que hicieran un camino recto para el Señor, sabían precisamente lo que Él quería decir; sabían que vendría alguien de gran importancia.

Sin embargo, San Juan no tenía intención de organizar equipos de trabajo para reparar las carreteras. No estaba interesado en arreglar surcos o baches. Más bien, sus palabras fueron simbólicas. El Mesías no vendría a inspeccionar las ciudades y los pueblos. Vendría por razones espirituales. El Mesías vendría a salvar al pueblo de sus pecados. Por eso San Juan predicó **"un bautismo de penitencia para el perdón de los pecados"**.

Fue para ayudar al pueblo a comprender que el Mesías vendría por motivos espirituales que San Juan los lavó en las aguas del río Jordán. Ese lavado simbolizaba también la renuncia del pueblo al pecado. Simbolizaba su deseo de recibir al Señor.

Ahora bien, todo esto es muy interesante, pero ¿qué pasa con nosotros? En nuestros tiempos, ¿deberíamos estar haciendo algo? La respuesta es "Sí". Debemos prestar mucha atención a lo que hicieron los israelitas y aprender una lección de ellos. De hecho, durante este tiempo de Adviento, debemos recordar que, ante todo, nuestra preparación para la venida del Señor debe ser espiritual. Eso significa que debemos centrarnos no tanto en lo que está fuera y en lo externo, sino en lo que hay dentro, en lo que sucede en nuestros corazones.

Debemos ser como el pueblo que vino a San Juan Bautista con espíritu de arrepentimiento. Esas personas hace mucho tiempo vinieron buscando el perdón de Dios, y nosotros deberíamos hacer lo mismo. Entonces, mientras nos preparamos para celebrar el nacimiento del Señor, mientras nos preparamos para celebrar la Navidad, debemos mirar dentro de nuestros corazones, eliminando y deshaciendo todo apego al pecado.

Todos, cada uno de nosotros debemos examinar nuestra propia conciencia por cualquier pecado u ofensa que hayamos cometido contra Dios todopoderoso, por cualquier acto de rebelión contra su divina majestad. Entonces, al igual que aquellos que acudieron al Bautista, también nosotros debemos pedir perdón y piedad a Dios. Así es como podemos enderezar el camino del Señor en nuestro propio corazón.

Ahora bien, cuando San Juan Bautista comenzó su predicación, Jesús aún no se había revelado, y así, mientras el pueblo recibía un bautismo de arrepentimiento que conducía al perdón de los pecados, el bautismo de San Juan en realidad no perdonaba los pecados. Para eso, el pueblo tuvo que esperar hasta que Jesús los redimiera con Su muerte en la Cruz.

Sin embargo, en nuestro tiempo, la obra de Jesús, la Redención, se ha cumplido y eso significa que ninguno de nosotros necesita vivir en la oscuridad del pecado. Nuestro Bautismo verdaderamente perdonó nuestros pecados. Además, tenemos algo más que el pueblo de la época de San Juan. Tenemos el Sacramento de la Penitencia. Jesús nos dio este Sacramento para perdonar cualquier pecado cometido después del Bautismo. Hoy, este sacramento es el medio ordinario por el cual nuestros pecados son perdonados.

De hecho, la Confesión debería ser una parte esencial de nuestra preparación para la venida del Señor. Cada católico que se tome en serio el deseo de crecer en el amor de Dios y de llegar al cielo no sólo debería utilizar este Sacramento antes de Navidad, sino que debería utilizarlo con regularidad. Por lo menos cada uno o dos meses. Personalmente, intento ir cada dos semanas más o menos.

Con estos pensamientos en mente, permítanme comentar algunos puntos más sobre el Sacramento de la Penitencia. En primer lugar, es un hecho que hoy en día muchas personas nunca se confiesan. Otros no van con regularidad y eso no es bueno. No es lo que Jesús quiere. Él vino a salvarnos de nuestros pecados. No quiere que los carguemos como una bola y una cadena.

Por eso, quiero instarlos a que se confiesen durante este Adviento. Decide qué vas a ir antes de Navidad y luego vete. Más aún si hace tiempo que no vas. Sentirás una gran paz y liberación y una liberación de la culpa del pecado cuando lo hagas.

Dicho esto, ¿por qué mucha gente no utiliza este Sacramento? Bueno, una razón es obvia. Es porque nuestra sociedad ha perdido el sentido de la santidad de Dios y con ella, el sentido de lo que es malo. No es tanto que la gente no crea en Dios (aunque muchos ya no lo creen). Más bien, han perdido el sentido de la santidad, majestad, poder y bondad de Dios. Junto con esto, también han perdido el sentido de lo que ofende a Dios, es decir, el pecado.

Otra razón por la que la gente no se confiesa es por esta cultura pagana en la que vivimos. Debido a que vivimos en él, no podemos evitar ser influenciados por él, y una forma en que hemos sido influenciados es que nos hemos vuelto tolerantes con el mal que nos rodea. Hemos perdido el horror que nos produce.

Entonces, cosas como la inmodestia, la avaricia, la falta de respeto a la autoridad, la mentira o la convivencia sin matrimonio o aborto son simplemente parte de la vida. Nos hemos acostumbrado al pecado, no necesariamente acostumbrados a pecar, pero acostumbrados al pecado, y eso hace que sea más fácil excusar el pecado o caer en él nosotros mismos.

Otra razón más por la que muchas personas no se confiesan es que creen que no necesitan hacerlo, pero eso no es cierto. Necesitamos entender que el pecado es una rebelión contra el Creador del universo; es una ofensa contra la majestad soberana de Dios. Eso significa que el pecado no es algo trivial. Es algo grave y hay que tratarlo con seriedad. Como recordatorio de cuán grave es el pecado, considere que para salvarnos de nuestros pecados, Jesús tuvo que sufrir y morir en la cruz.

Podrías pensarlo de esta manera. Supongamos que accidentalmente rompes una reliquia familiar, digamos un jarrón que tenía tu abuela. No le dirías simplemente a tu mamá: "Oh, bueno, lo fácil viene, lo fácil se va, lo siento". De nada. En cambio, estarías angustiado y pensarías muy cuidadosamente sobre lo que dirías y cómo expresarías tu dolor.

Lo mismo ocurre con el pecado, no le decimos simplemente a Dios: "Oops, lo siento Dios. Supongo que me equivoqué, pero no es gran cosa. Estamos bien". No. Nuestras ofensas pecaminosas requieren una disculpa formal, no sólo una frívola e informal, y esa disculpa formal tiene lugar en el Sacramento de la Penitencia.

Entonces, llegados a este punto, repasemos cómo hacer una buena confesión. Primero, examina tu conciencia. Piensa en cuándo fue la última vez que se confesó. Luego, identifica los pecados que cometiste desde tu última confesión digna. Una manera fácil de hacer esto es repasar los mandamientos.

Segundo, arrepíentete de tus pecados. Eso significa dos cosas, arrepentirse y tener la intención de alejarse del pecado, de resolverse a cambiar de vida y evitar aquello que te lleva al pecado. En tercer lugar, después de haber examinado tu conciencia, confiesa tus pecados. Tenga en cuenta que esto debe incluir todos y cada uno de los pecados mortales que pueda recordar desde su última confesión digna. Entonces el sacerdote le dará la absolución. Finalmente, ve y haz tu penitencia. Eso es todo. Eso es todo lo que tienes que hacer.

Confesarse regularmente tiene muchos beneficios. Nos ayuda a acercarnos más a Dios. Nos volvemos más conscientes de nuestros pecados y, en consecuencia, somos más capaces de hacer algo para cambiar. Tenemos la seguridad del perdón de Dios. Nuestras preguntas tienen respuesta. Nuestras almas se sienten aliviadas y descargadas y recibimos la gracia de Dios.

Entonces, usen este tiempo de Adviento para prepararse para la venida del Señor. Enderezad Su camino hacia vuestros corazones confesándose y recibiendo el perdón de Dios. Haz eso y tu alma estará lista para recibir al Niño Jesús el día de Navidad. Amén.